

# “MIENTRAS AGUARDAMOS LA GLORIOSA ESPERANZA”:

## REFLEXIONES SOBRE EL SIGNIFICADO BÍBLICO DE LA “ESPERANZA”

Gregory Polan, osb<sup>1</sup>

“*ESPERO* QUE EL DOCTOR NO TARDE”. “ÉL *ESPERA* QUE LOS MUEBLES lleguen esta tarde”. “No *espero* una Navidad blanca este año, es demasiado arduo para viajar”. Muy a menudo usamos la expresión “espero” cuando realmente queremos decir: “me gustaría”, o “deseo”, o “quiero”. La esperanza es una virtud más honda y profunda de lo que su uso cotidiano pueda sugerir. Ahondar en la consideración bíblica de la palabra “esperanza” fue un esfuerzo más comprometedor de lo que al principio se podía prever. No se ha escrito mucho específicamente sobre el significado bíblico de la esperanza. El tema

---

<sup>1</sup> Gregory J. Polan, osb, es Abad primado de la Orden de San Benito y reside en San Anselmo, Roma. Era antes Abad de Conception Abbey, Conception, MO (Estados Unidos). El contenido de este artículo fue originalmente presentado como conferencias para los abades y prioras en su encuentro de la primavera de 2018 en la Abadía San Bernardo y en el Monasterio del Sagrado Corazón en Cullman, AL (Estados Unidos). Traducción realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb (Abadía Gaudium Mariae, Córdoba, Argentina) del artículo en inglés: “*As We Await the Blessed Hope*”: *Reflections on the Biblical Meaning of “Hope”* publicado en *American Benedictine Review* 71, n.º. 1 (March 2020), pp. 32–53. Agradecemos al Abad Primado y a la Dirección de *American Benedictine Review* el permiso para publicar la presente versión.

está tratado en un artículo muy bueno de la teóloga Doris Donnelly titulado “La estación de la Esperanza”. Comienza escribiendo: “Por muchos años, la esperanza ha sufrido la suerte del hijo del medio. A cada lado de ella están sus dos hermanas más populares, la fe y la caridad, dejando a la esperanza invisible o ignorada, y frecuentemente mal entendida”<sup>2</sup>.

Sin embargo, ¿cuántas veces nosotros mismos nos oímos usando esta palabra con genuina sinceridad? Tenemos la genuina esperanza de que la Iglesia pueda superar el momento presente de vergüenza y desgracia en relación con los abusos y la violencia con los niños y otras personas vulnerables. Esperamos que el Papa Francisco sea capaz de guiar a los obispos del mundo para desempeñarse correctamente con todos los que sufren injusticia. Esperamos que nuestros gobernantes consideren seriamente el padecimiento de los inmigrantes, se preocupen más efectivamente por nuestros recursos ecológicos, y trabajen juntos por la construcción de un mundo de paz y prosperidad para todos los pueblos. Esperamos que nuestra Orden Benedictina sea capaz de salir adelante con los desafíos de estos tiempos y sea capaz de transmitir nuestra rica herencia respecto de cómo vivir el Evangelio y la *Regla* de san Benito. Todos estos son asuntos importantes que hay que considerar. Pero ¿expresan el sentido bíblico de la esperanza? Sí, lo hacen; y, no, no lo hacen. En la primera parte de este artículo, me gustaría examinar algunos ejemplos significativos de la esperanza tal como se encuentra

---

<sup>2</sup> Doris DONNELLY, “The Season of Hope”, *Weavings* XIV, nº 6 (November/December 1999), p. 15.

en el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos y en el profeta Isaías. En el Nuevo Testamento, consideraremos este tema especialmente en las cartas de san Pablo y en la *Epístola a los Hebreos*.

## **Parte 1: la esperanza en los Salmos y en textos seleccionados del Nuevo Testamento**

En el Antiguo Testamento, la palabra hebrea para la esperanza (*qwh*) conlleva un matiz interesante. *Esperar* significa “aguardar con perseverancia”. Encontramos ejemplos de esperanza principalmente en los lamentos, las lamentaciones y los escritos proféticos. (Vale la pena observar que los lamentos y las lamentaciones son en realidad dos géneros diferentes. Un lamento expone una situación atemorizante que está por sobrevenir a un individuo o a una comunidad. El Salmista nos narra lo que probablemente ocurrirá, basado en el temor y en la experiencia previa. Una lamentación dirige la mirada hacia atrás, a algo que ya ocurrió, explica la tragedia y mira cómo caminar en adelante. Por ejemplo, el *Libro de las Lamentaciones* cuenta la dolorosa historia de la destrucción de Jerusalén). En el Antiguo Testamento, el carácter distintivo de la palabra hebrea usada para la esperanza es que está vinculada a una necesidad de redención, de salvación, de liberación, de rescate, de restauración, de independencia. Dios es propiamente el objeto de la esperanza a causa de la creencia de que solo Dios puede realizar lo que es necesario que ocurra en una situación particular; nosotros como seres humanos podemos ser instrumentos de las acciones de

Dios, pero es Dios quien actúa. Pasemos a considerar unos pocos ejemplos.

En los Salmos 42-43 (41-42), hay un estribillo que repite con énfasis la obra salvífica de Dios en la vida del Salmista. Estos dos salmos probablemente eran un único salmo en su origen, como está indicado por el estribillo que se repite en ambos. El texto dice: *Espera en Dios, que volverás a alabarlo, mi presencia salvadora y mi Dios*<sup>3</sup>. Aquí, la esperanza está vinculada a la intervención de Dios, y hay un elemento de intimidad entre Dios y el Salmista; en ambas ocasiones el objeto de la espera es *mi Dios* y *mi presencia salvadora* (aquí hay un epíteto para Dios y no una cualidad proclamada por el que habla). Podemos discernir a partir de las imágenes que describen la situación, que el Salmista está posiblemente en el exilio, en cautividad, lejos de su patria y que añora la presencia de Dios en el templo. Sería salvífico para el Salmista poder volver a Jerusalén, ser rescatado de la presente experiencia del exilio. Las referencias al Monte Hermón (en el norte), a la tierra del Jordán, y al Monte Menor, nos dan una sensación de que está viviendo lejos de su hogar y posiblemente de su familia. El Salmista recuerda la participación en las fiestas religiosas y la alegría que traía aparejada; pero ahora, al estar tan lejos, hay una nostalgia y una verdadera esperanza de que Dios venga para intervenir y de algún modo ponga fin a la cautividad ahora experimentada. El Salmista desea ser liberado de la situación presente y pone toda su esperanza en que la buena disposición de Dios se lo proporcione.

---

<sup>3</sup> Traducimos habitualmente los textos bíblicos conforme los cita el Autor.

Para comprender mejor la situación en los Salmos 42-43, es beneficioso distinguir entre “esperanza” y “optimismo”. No son lo mismo. El optimismo se comprende mejor como una inclinación a considerar que las dificultades y experiencias de la vida van a tener un resultado positivo a pesar de todo lo que la situación es en sí; cualquier experiencia negativa tendrá un final positivo para el optimista. En contraste, la esperanza es una virtud que tiene una visión de Dios como centro de la vida; la esperanza cree que la confianza en Dios es esencial. El foco de la esperanza está menos en torno a nosotros, y más en torno a Dios; en el poder, en la voluntad, o en la respuesta de Dios a la oración, es donde la esperanza encuentra su significado más profundo; sí, *nosotros* esperamos, pero es Dios quien hace posible nuestra esperanza. La esperanza depende de nuestra fe en Dios y de nuestro amor a Dios, de nuestra creencia en la divina bondad; por eso, nosotros nos sometemos a la acción de Dios en nuestras vidas. La esperanza bíblica tiene confianza en la fidelidad de Dios. La esperanza exige nuestra confianza, dado que realmente no podemos ver el futuro, sino solo imaginarlo; sin embargo, hay en la esperanza la creencia de que Dios conoce qué es lo mejor. La esperanza está construida sobre una relación personal con Dios, que surge de nuestra confianza y de nuestra experiencia de la acción de Dios, y de la experiencia de la presencia divina en nuestras vidas. La verdadera esperanza no es una creencia frívola de que, lo que yo quiero, eso va a pasar; más bien, la esperanza, aunque quiere que algo ocurra, coloca su confianza en los caminos y los propósitos de Dios.

Las imágenes del Salmo 130 (129), conocido a menudo como *De Profundis* o “Desde lo Profundo”, no proporcionan detalles

del contexto más allá de la evidencia de que se vive un momento de profunda angustia e incertidumbre. Las palabras del salmo reconocen la condición personal de ser pecador delante de Dios, y reconocen una necesidad de asistencia divina. Aquí nuevamente, la esperanza se relaciona con la salvación y la redención en la forma de misericordia y perdón de Dios. La imagen significativa aquí es la del centinela nocturno, o mejor, la del sacerdote en vela que custodiaba la ciudad y el templo contra los invasores o rebeldes durante las largas horas de la noche; él custodia cuidadosamente a la comunidad contra cualquier amenaza de peligro. Por importante que fuera este deber para la seguridad y el bienestar del templo y de la ciudad, es aún más importante la esperanza del Salmista en una respuesta salvífica de Dios, el Único que puede cambiar las circunstancias presentes. (Nótese el vocabulario usado aquí: misericordia, redención y perdón de los pecados). Fijémonos cómo “esperar” es enfatizado varias veces en el texto; así, esperar se convierte en una especie de “espera perseverante” o “espera expectante” de que suceda la divina acción de la redención de Dios. Con frecuencia, en los salmos, vemos un movimiento desde cuando el Salmista ora para que Dios lo libere de alguna situación o enfermedad personal, hasta concluir viendo un panorama más amplio y rezando por todo Israel. Tal vez este enfoque se convierta en un camino para nuestra propia oración, cuando vemos una situación en nuestras vidas que requiere la acción salvífica de Dios, y, antes de terminar la oración por nosotros mismos o por nuestra necesidad, nos damos cuenta con claridad de que nuestra oración debe incluir también a otros: a la comunidad monástica, a la Iglesia, a la región en que vivimos, o quizás incluso a todo el mundo.

En relación con nuestro tema de la esperanza, el mismo nombre *De profundis* por el cual este salmo es conocido tradicionalmente, implica un mensaje crucial que debemos recordar. Cuando nos acercamos a Dios desde lo profundo de nuestro ser, desde lo hondo de nuestra experiencia dolorosa, desde el punto de arranque, desde el nivel en que la esperanza parece estar perdida, descubrimos más radicalmente su sentido y su importancia. En su artículo "*Gift's Constant Coming*" ("La constante venida del don"), Michael Downey cita a una mujer, una religiosa ermitaña, quien dice: "Cuando ya no tienes fe, entonces es cuando nace la esperanza"<sup>4</sup>. Cuando hemos tocado fondo, ese es el momento en que nos encontramos con lo único que podemos imaginar para el futuro. ¿Qué podría llegar a suceder? Lo que es posible, aun cuando esté más allá de nuestra capacidad, aunque todavía no sea más que un sueño; y nos aferramos a nuestra creencia de que Dios puede hacer lo increíble. Y mientras esperamos, mientras imaginamos el futuro, creemos que lo que Dios haga, es para el bien de nosotros y de los demás, un momento de gracia salvadora.

Como un ejemplo final, entre tantos ejemplos semejantes en el salterio, dirijamos la mirada al Salmo 25 (24). En este salmo, la esperanza desempeña un papel desde el comienzo, donde el término aparece dos veces, y luego vuelve a aparecer cerca del final del salmo para concluirlo. Este recurso de la poesía hebrea, denominado inclusión, emplea un término en el comienzo de un

---

<sup>4</sup> Michael DOWNEY, "Gift's Constant Coming," *Weavings* XIV, n° 6 (November/December 1999), p. 26.

texto y luego lo repite de alguna forma cerca del final del texto para enfatizar o establecer el tema clave. Bien podría señalarse que el salmo 25 (24) se denomina a veces el “Salmo del Adviento” ya que aparece en la liturgia de este tiempo especial más que en cualquier otro tiempo del año; el *Leccionario* lo trata como un salmo de ese período. Al principio el texto dice: “Que no se avergüence ninguno de los que *esperan* en ti, sino que se avergüencen los que quebrantan la fe” (v. 3), y: “Tú eres el Dios de mi salvación; en ti he *esperado* todo el día” (v. 5). Luego cerca del final, encontramos: “*He esperado* en ti, Señor. Concede la redención a Israel, oh Dios” (vv. 21-22). El Salmista expresa tener la sensación de que Dios está ausente, de que Dios parece ocultarse cuando experimenta una necesidad urgente. El Salmista confiesa su condición personal de pecador, teme las amenazas de los enemigos, y busca las enseñanzas de Dios en medio de los desafíos de la vida. Nótese una vez más que la esperanza está íntimamente vinculada con la acción redentora de Dios en la vida de un individuo y en la vida de la comunidad creyente de Israel.

Lo que podemos observar aquí es una receptividad a la acción divina de Dios en la vida del individuo. Una seria, incluso desesperada necesidad, ha quedado sin ser respondida, y el Salmista no puede resolverla. Este escenario reconoce nuestra indigencia ante Dios: nuestra necesidad de Dios, nuestra necesidad de esperanza, nuestra necesidad de una respuesta de Dios que sea salvífica. La genuina pobreza espiritual nos impulsa a esperar, a imaginar un futuro todavía no realizado, a dirigirnos hacia el Único que puede efectuar un cambio. Para Israel, esta dinámica se fundamentaba en su relación de alianza con Dios, una relación mutua y vinculante. La palabra de la alianza de Dios con Israel en la Ley, era una palabra que no solo

les enseñaba acerca del Único con Quien ellos estaban entrando en relación, sino que también era un acto creador, un acontecimiento que les prometía la asistencia de Dios; si ellos permanecían fieles, en todo lugar y en todo tiempo, esa asistencia podía cumplirse. Esta alianza con la nación llegó a desempeñar un papel en la vida de cada miembro de la comunidad creyente. La historia de salvación del Antiguo Testamento estaba llena de esperanza, ya que ellos sabían que, por muy grave que fuera su infidelidad, Dios siempre estaba allí para renovar la relación de alianza todas las veces que ellos rectificaran su conducta. La fidelidad de Dios seguía siendo la esperanza de ellos en todas las situaciones y en todo momento. Y cuando pasaba el tiempo, cuando continuaba la infidelidad a la alianza, debía llegar finalmente un movimiento hacia la conversión. Y este movimiento traía de nuevo la fidelidad de Dios hacia el pueblo por medio de un acto de liberación, de un cambio redentor. Así su esperanza descansaba en la fidelidad de Dios. Como una y otra vez nos vaciamos espiritualmente porque nos falta una plena respuesta a Dios y retrocedemos cada vez, nuestra capacidad de conocer y experimentar la amorosa misericordia de Dios debería ahondar nuestra esperanza en el deseo que Dios tiene de estar en comunión con nosotros; la compasión de Dios, su fidelidad y la frecuente repetición del “bienvenido retroceso”, fortalecen nuestra fe y nos mueven a un amor más grande.

En nuestra última consideración de la esperanza en el Antiguo Testamento, vamos a dirigirnos a un breve pero punzante texto del profeta Isaías. Este pasaje está al final del primer capítulo de lo que suele llamarse “El libro de la Consolación”, que escuchamos regularmente en el tiempo de Adviento. El texto dice: “A los que

*esperan en el Señor* Él les renovará el vigor, se elevarán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse” (Is 40,31). Hay dos puntos que vale la pena observar aquí. Este pasaje de Isaías llega en un momento en que toda esperanza parecía perdida para Israel; debido a su infidelidad, habían sido entregados al cautiverio; estaban muy lejos de su devastada patria, privados de la presencia de Dios en el templo, vivían con un pueblo de lengua extranjera y de una creencia extraña. Aunque los babilonios dieron pruebas de ser opresores benévolos, todo parecía estar perdido para estos exiliados. El salmo 137 (136) resume bien su difícil situación: “¿Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera!” Y, sin embargo, aun en esta situación, la más imposible de imaginar, su esperanza necesita ser todavía más fuerte. Al afirmar su firme creencia de que Dios estaba realmente presente en medio de esta dolorosa, desmoralizante y humillante experiencia, la fe podía abrir camino a la esperanza. Bien podríamos preguntarnos ¿no es su esperanza en medio de la desesperanza, de alguna manera análoga a la esperanza en nuestra crisis actual en la Iglesia? ¿Acaso no es esta la situación en que se encuentra la Iglesia hoy? ¿No es esta una razón para una esperanza existencial por parte de nosotros en la Iglesia, esperanza que nos mueva a rectificar lo que debe ser corregido en nuestras estructuras y conductas, para brindar la sanación a muchos de los que sufren, para restaurar la confianza donde se cierne la sospecha, para reconstruir la confianza en el clero y los religiosos desmoralizados, para emprender un camino de renovación? Las Escrituras del Antiguo Testamento sugieren que nosotros también debemos ser personas de una esperanza radical, si queremos continuar avanzando.

Me viene a la mente un segundo punto. Algunos de ustedes pueden recordar la película *Carrozas de Fuego*. Hay una escena en la película donde se recita este pasaje. Un joven pastor escocés trata de convencer a su hermana, quien le dice que deje su deporte de correr, ya que está interfiriendo con su vida de fe y su llamado a las misiones. Él, a su vez, sostiene que el hecho de correr es para él una buena administración de un don dado por Dios; hacer buen uso de ese don es salvífico para él. Recita a su hermana este pasaje de la profecía de Isaías, aplicándolo a su propia vida. "A los que *esperan* en el Señor Él les renovará el vigor, subirán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse" (Is 40,31). A medida que la historia se desarrolla, llega a convertirse en un campeón olímpico que continúa dedicando el resto de su vida a trabajar en las misiones, y deviene un exitoso predicador y pastor. El empleo del don de Dios es el catalizador que lo libera para entregarse al próximo movimiento de la gracia en su vida.

Para cada uno de nosotros hay momentos en que, ya sea como personas individuales o en comunidad, la gracia salvífica de Dios se apodera de un don que hay en nosotros (reconocido o no reconocido), y hace uso de él para conducirnos a poner nuestra confianza en los caminos de Dios más que en los nuestros. (¡Cuánto lo sabe cualquier superior religioso desde su propia experiencia!). El pastor escocés no competía porque fuera impulsado a ser un ganador, sino porque comprendió profundamente este don de Dios dentro de sí mismo, y se dio cuenta, verdaderamente se dio cuenta, de que tenía que realizar esta hazaña. Dios lo condujo a valerse del don, a usarlo bien, y continuar para llegar a ser un verdadero servidor de Dios. La comunidad de Israel finalmente volvió a nacer

desde las cenizas de las ruinas y las pérdidas, pero este volver a nacer llevó tiempo, paciencia y fe. Y en el contexto de estos tres elementos, se fue modelando la esperanza hacia un futuro en el que tendrían que soportar todavía más muertes y nuevos renacimientos. Nuestro voto benedictino de “permanente conversión de vida” nos mantiene en buen estado para vivir bien el Misterio Pascual. Hablando en sentido figurado, cuando tropezamos y caemos, nos volvemos a levantar debido a que nuestra experiencia del amor de Dios continúa invitándonos a una fidelidad más grande, y esa fidelidad imita la bondad de Dios; así llegamos a ser embajadores de la esperanza de Dios.

Ahora vamos a dirigir nuestra atención hacia el tema de la esperanza tal como se encuentra en el Nuevo Testamento. Si buscan en una concordancia, podrían sorprenderse al encontrar muy pocas citas de la palabra “esperanza” en los Evangelios. En cambio, la esperanza está abundantemente presente como tema, tanto en las cartas de san Pablo como en la *Epístola a los Hebreos*. El título de este artículo, “Mientras aguardamos la gloriosa esperanza”, está tomado del embolismo –la intercalación– que sigue al “Padrenuestro” en la Misa, que pone de relieve la importancia de la esperanza en ese momento de la celebración eucarística hacia el que está siendo encaminada toda la segunda parte de la liturgia<sup>5</sup>. Esta breve frase extraída de un versículo más extenso, indica que la “esperanza” tiene

---

<sup>5</sup> En la versión del *Misal Romano* utilizado en Argentina, el sacerdote dice: *mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo*, por eso nos hemos permitido traducir: *mientras aguardamos la gloriosa esperanza*, en lugar de  *bendita esperanza*, como efectivamente dice en el vocablo inglés; otra traducción es  *feliz esperanza*. N.d.T.

un significado especial en este contexto. Es también importante advertir que el embolismo toma esta frase de la "Carta a Tito" de san Pablo (2,13), pasaje utilizado como segunda lectura en la liturgia de Navidad para la Misa de la Noche. En nuestra celebración del nacimiento del Salvador, en la plenitud de los tiempos y en el cambio de era, se nos recuerda por medio de san Pablo que la esperanza es la actitud primordial de los cristianos para su manera de vivir y creer. La genuina esperanza surge desde el misterio de Jesucristo, quien se hace carne, se convierte en nuestro Salvador y nos muestra el camino de la gloria. En el contexto de la liturgia, la esperanza siempre tiene una proyección escatológica; es una virtud que surge desde la muerte y resurrección salvíficas de Cristo, y nos lleva a esperar ansiosos su segunda venida. Saboreamos algo de esta misma esperanza cuando nos acercamos al altar para ser alimentados con la misma vida de Cristo resucitado.

Para san Pablo, la esperanza se apoya en la firme creencia en la Resurrección de Jesucristo. En su gran explicación de la Resurrección en 1 Co 15, nos maravillamos por lo fuerte que es el lenguaje de Pablo, y vemos cuán esencial es la "esperanza" para su exposición y su creencia: "Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra *esperanza en Cristo*, ¿somos los más dignos de compasión de todos los hombres!" (vv. 16-19). San Pablo insiste en que, si uno espera solamente en las realidades terrenales, entonces pierde lo más importante de la vida; la esperanza se refiere a la acción redentora de Dios en Cristo, y, por tanto, en ustedes y en mí. La esperanza extrae su significado más profundo desde la fe; es la fe la que hace crecer a la esperanza, y la esperanza nos mantiene firmes en nuestras convicciones acerca de lo que todavía no vemos, y que está más allá

de todo lo que podemos imaginar. Lo que da significado a nuestra vida presente apunta a la acción redentora de Dios tanto en nuestra actual existencia terrenal, como, lo que es más importante, más allá de esta existencia en la tierra. La esperanza nos desafía a ver con ojos que buscan la experiencia salvífica en la existencia humana de nosotros o en la de los demás. La comprensión de la “esperanza” depende de lo que miramos como salvífico y redentor en nuestras vidas, en la vida de nuestras comunidades, en el movimiento de nuestro mundo, y en el desenvolvimiento de la sociedad a lo largo del tiempo y la historia.

En la *primera carta a los Tesalonicenses*, donde Pablo comienza a referirse al significado de la Resurrección de Cristo y a la muerte de los primeros cristianos, la esperanza posee una fuerza dinámica porque surge de la creencia en la Resurrección de Cristo<sup>6</sup>. El texto dice: “Hermanos y hermanas, no queremos que estén en la ignorancia respecto de los que han muerto, para que no se entristezcan como los demás, que no tienen *esperanza*” (4,13). Para Pablo, la esperanza surge desde la comprensión de que la Resurrección de Cristo ha abierto las puertas a una nueva era, a la plenitud de los tiempos, al climax y culminación de los tiempos antiguos<sup>7</sup>. La fidelidad de Dios con el pueblo de Israel ha alcanzado un nuevo nivel tanto de experiencia como de fe. La Resurrección de Cristo ha traído la

---

<sup>6</sup> El Papa Francisco utiliza la Primera Carta a los Tesalonicenses de Pablo como un ejemplo primordial de la esperanza dinámica que surge para nosotros en la resurrección de Cristo. Ver Papa FRANCISCO, *On Hope* (Chicago: Loyola Press, 2017), pp. 62-63.

<sup>7</sup> Abraham SMITH, *The First Letter to the Thesalonians—Introduction, Commentary and Reflections*. New Interpreter’s Bible, vol. 9 (Nashville: Abingdon Press, 2000), p. 724.

redención, el perdón de los pecados, la promesa de la vida eterna una vez para siempre. No sabemos del todo lo que quiere decir "vida eterna". Pero debido a que creemos en algo tan maravilloso que está más allá de nuestro conocimiento y de nuestra visión, podemos tener auténtica esperanza en los muchos desafíos que se presentan en nuestro camino mientras vivimos nuestra vida cristiana y monástica.

¿En qué vemos que la gracia dinámica de la Resurrección de Cristo está tocando la existencia humana a un nivel muy práctico en la vida cotidiana? Al haber vivido y enseñado en Israel, he tenido oportunidades de observar cómo el conflicto entre judíos y palestinos parece ser como una espiral descendente interminable de agresiva animosidad. Al regresar de estos lugares, la gente a menudo me pregunta: "¿Usted está de acuerdo con los judíos o con los palestinos?". Me siento por igual desconcertado tanto por la pregunta como por la situación. Si bien veo a los palestinos oprimidos, degradados y privados de sus derechos humanos, también veo a los judíos deshonrados, víctimas de prejuicios, y furiosamente atacados por los extremistas palestinos y sus aliados en muchas partes del mundo, incluidos los Estados Unidos. Pero, porque creo que la fuerza dinámica de la Resurrección de Cristo ha traído el perdón y la reconciliación en nuestro mundo, espero sinceramente que algún día habrá paz entre judíos y palestinos, e Israel será una tierra de paz. Se han hecho esfuerzos en favor del diálogo, la comprensión, la solución de los conflictos, que muestran cómo la gracia está trabajando en esta volátil situación; sin embargo, algo indefectiblemente sucede que frustra la buena energía y los esfuerzos hacia la paz. Este un ejemplo de un resultado final que

está más allá de mi capacidad de ver, algo que solo la gracia de Cristo puede lograr, y que está vinculado con algo que va más allá de mi control. Pero en ese resultado final, espero que las acciones redentoras y salvíficas de la reconciliación de Cristo prevalezcan y nos sorprendan a todos nosotros.

Tenemos un ejemplo en algo de menor alcance, algo que todos nosotros hemos experimentado: un miembro de nuestra comunidad que vive en medio de una crisis. Ya puede ser alguien que lleva muchos años en la vida monástica y que ahora está perdiendo la fe o el sentido de su llamado y está dispuesto a abandonar el barco, o ya puede ser un joven o una joven con talento que tiene mucho para brindar a la vida de la comunidad y a la Iglesia, pero ahora está embrollado/a y es incapaz de decidir cómo continuar; o ya puede ser una persona con un serio problema que es incapaz de ver el problema o de comprometerse a cambiar; realmente nosotros no sabemos cuál será el resultado. En tales situaciones, cuando rezamos con toda sinceridad, nos empeñamos con una auténtica esperanza. Sabemos que la situación está dentro de la gracia de Dios; experimentamos profunda alegría cuando vemos que la persona llega a una decisión que le trae paz al corazón; sabemos que esa situación ha sido tocada por Dios. En efecto, un momento así es sagrado, es un tiempo de gracia divina. El rescate del dolor de la indecisión, la liberación de una decisión equivocada y la conversión del corazón del afligido, nos muestran cómo la esperanza continúa viva y realiza sus milagros entre nosotros. La esperanza tiene consecuencias salvíficas.

A lo largo de los seis primeros capítulos de la *Carta a los Hebreos*, el autor nos habla una y otra vez acerca de la fidelidad de Dios, comienza con la creación del mundo, recorre la historia de Abrahán,

y llega a su cumplimiento en Cristo. Dios hace un juramento a Abrahán, el texto de Hb 6,18 nos dice: “Mediante dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, nosotros, que buscamos refugio, nos vemos poderosamente animados *asiéndonos a la esperanza* que se encuentra ante nosotros”. La esperanza cristiana, nos está diciendo el autor sagrado, se fundamenta en la inquebrantable confiabilidad de Dios y en su cumplimiento de las promesas<sup>8</sup>. En este momento el autor emplea la imagen de un ancla, amarrada en la misma morada de Dios, donde Cristo ha entrado como sumo sacerdote y donde intercede por nosotros. Si consideramos las imágenes, vemos que el autor está hablando de una soga que se extiende desde el trono de Dios y llega hasta nosotros en la tierra. Esta soga es lo que estamos llamados a asir y a sujetar muy bien en nuestras pruebas, luchas y deseos en la tierra. Nosotros no podemos ver el resultado, y este requiere profunda esperanza de nuestra parte. No obstante, debemos esforzarnos por mantenernos firmes en la esperanza en medio de estos desafíos. Cristo pagó el precio por nosotros, un precio que nos hace posible tener una genuina esperanza que permanece sólida y firme.

Me gustaría finalizar esta sección con un verdadero y fuerte relato de esperanza de nuestros días, ocurrido en Siria, una parte del mundo que nos concierne a todos. Luego sacaré algunas conclusiones. Una amiga mía de Roma, María Luisa Forenza, asistió a la Escuela de Bellas Artes en San Francisco, para cursar una

---

<sup>8</sup> Thomas G. LONG, *Hebrews: Interpretation, A Bible Commentary for Teaching and Preaching* (Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 1997), p. 78.

maestría de perfeccionamiento. Como trabajo final de su carrera, realizó un documental sobre Siria que tituló “Madre Fortaleza”<sup>9</sup>. Madre Fortaleza es una abadesa carmelita que abrió su monasterio para todo el que necesitara un lugar en medio de la guerra. Incluía a familias musulmanas, frailes franciscanos, y cristianos ortodoxos que habían quedado sin hogar. Su monasterio en Siria estaba ubicado cerca de la frontera libanesa entre dos grupos de combatientes, las tropas del ISIS por un lado, y los rebeldes nacionalistas por el otro. La Madre Inés, una francesa maronita católica, proporcionó refugio a todas estas personas; en el entorno del filme, pueden escucharse detonaciones de bombas, lanzamientos de misiles, disparos de armas de fuego y explosiones de minas enterradas. La Madre Inés solía salir por la noche para buscar comida para los que vivían con ella, algo que pudiera estar disponible en la Cruz Roja. Al terminar la entrevista, ella cuenta la historia de una mujer musulmana a quien alojó. Un año antes, su hijo, joven de 23 años, había sido capturado por las tropas del ISIS. Un día la madre recibió un llamado preguntando: “¿Quiere que su hijo regrese?”, a lo que respondió: “Sí, por supuesto, por favor”. Le dijeron que se lo entregarían al día siguiente. El próximo día llegó el cuerpo de su hijo, cortado en pedazos metido en una bolsa de plástico negra. La Madre Inés relata cómo la respuesta inicial de la madre fue lágrimas furiosas y rabia buscando venganza, pero después de un tiempo, ella llegó a una profunda toma de conciencia: “Si yo busco venganza, tan solo me estoy uniendo a ellos en su brutalidad. Puedo *esperar, únicamente*

---

<sup>9</sup> Para más información ver: <https://www.filmlitalia.org/p.aspx?t=film&l=en&did=115065>.

*esperar* que algún día habrá paz y reconciliación en esta tierra, y que yo habré contribuido a ella”<sup>10</sup>.

Las palabras de esa madre fueron una oración de esperanza, se diera cuenta o no. Su esperanza en favor de la realización de un sueño aparentemente imposible de perdón y reconciliación fue salvífica por sus características. En ese momento, ella no lo podía ver. Algo que no parecía posible, una obra de liberación que solo Dios podía cumplir, era lo que esta mujer veía a lo lejos. Como escribe el autor de la *Carta a los Hebreos*, –un hecho del cual esta mujer es testigo–, nuestros ancestros en la fe “no recibieron el objeto de las promesas, pero las vieron y las saludaron desde lejos, confesándose extraños y forasteros sobre la tierra (11,13). Ejemplos como estos pueden verse en la vida de grandes hombres y mujeres que nos han precedido, que se dieron cuenta de que por el poder de la Resurrección de Cristo había mucho más por venir. Y así, esperaron.

## **Parte 2: la esperanza en Lucas 24,13-35**

En la primera parte, observamos que las cartas de san Pablo tienen un empleo particular de la palabra *elpis*, vocablo griego para nombrar la “esperanza”. El término está vinculado con el acto de salvación que llega a nosotros por la resurrección de Jesucristo: nuestro motivo para la esperanza es este acto de fidelidad de Dios

---

<sup>10</sup> Las cursivas son mías (N.d.T.).

hacia nosotros<sup>11</sup>. Y, sin embargo, este término específico con este significado inconfundible parece estar ausente o aparecer solo con poca frecuencia en los textos evangélicos.

No obstante, un texto hace un empleo específico de este término en su forma verbal, en un contexto que está en consonancia con lo que hemos tratado a partir de los escritos de Pablo y que nos hace avanzar en nuestra reflexión sobre el significado bíblico de la esperanza. Es el texto que presenta a dos discípulos en camino hacia Emaús después de la resurrección. Cuando los discípulos encuentran a un hombre que camina por la ruta, un hombre a quien no reconocen, éste expresa su ignorancia acerca de los recientes acontecimientos en Jerusalén que a ellos les preocupan. Sorprendidos ante su aparente ignorancia, comienzan a explicarle lo que ha pasado. Y entonces expresan lo que se convierte en clave para nuestra consideración del texto: “Nosotros *esperábamos* que fuera él quien librara a Israel” (Lc 24,21<sup>a</sup>). Como hemos visto en los Salmos, en Isaías y en las cartas de san Pablo, la “esperanza” está directamente vinculada con la redención, el acto salvífico de Dios.

Este relato del Evangelio de Lucas sigue siendo uno de los más misteriosos, pero de los más encantadores de los diversos relatos relacionados con la resurrección en cualquiera de los cuatro Evangelios. Es claramente obra de un experto narrador. Todos los elementos de una buena historia están presentes, un drama que se va desarrollando: suspenso, ironía, sorpresa, incredulidad y la fe;

---

<sup>11</sup> Walter BRUEGGEMANN, *A Gospel of Hope* (Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2018), p. 40.

y finalmente una revelación evidente a la mirada abierta por la fe. Sin embargo, también debe decirse que todos los relatos de resurrección en algún sentido traen consigo una tonalidad de asombro, de misterio, de incertidumbre –y hasta de contradicción–. En otra narración parecida, Jesús resucitado dice a Tomás que meta su dedo en su costado; en una tercera, indica a María Magdalena “No me toques” (en la traducción de Douay-Rheims que sigue siendo tan conocida). En una escena, es reconocido; en otra es desconcertantemente no detectado; en una tercera, es reconocido únicamente por el discípulo amado. Y todavía en otro relato Él pide algo para comer, como para probar que está vivo; y en otro, prepara el desayuno a sus discípulos y les da de comer después de que han salido a pescar. Estas escenas narrativas de la resurrección nos abren las puertas hacia el misterio insondable de este acontecimiento que cambia la vida y que es tan fundamental para los creyentes cristianos.

Este relato de los discípulos en camino a Emaús consolida nuestra comprensión de las raíces bíblicas de la esperanza en las Escrituras. Al descubrir cómo la redención, el rescate, la liberación y la salvación están entretejidas en esta narración, vemos una vez más cuán desafiante e incluso vivificante puede ser la virtud de la esperanza para todos nosotros. Más aún, podemos sacar conclusiones personales para nuestra propia consideración, del significado bíblico de la esperanza en nuestras propias vidas, en las vidas de nuestras comunidades, en nuestra tradición benedictina, y en la vida de nuestra Iglesia. Continuemos desplegando la singular narración de Lucas después de la resurrección.

“Ese mismo día, dos de los discípulos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, situado a unos diez kilómetros de Jerusalén. En el camino hablaban sobre lo que había ocurrido” (Lc 24,13-14).

El evangelista comienza por situar el acontecimiento en el mismo día de la Pascua: el domingo, el primer día de la semana, el día de la Resurrección de Cristo. Una simple afirmación, pero trae a la memoria lo que ese primer día simbolizaba para los que escuchaban el Evangelio: el *Génesis*, el acto original de la creación, la luz como la primera de las maravillas de Dios, que nos posibilita ver con una visión más profunda. Ahora, en este primer día de esta semana, se verá comenzar una nueva creación en la maravilla de la resurrección. La narración se desarrolla en la luz del día de Pascua.

El contexto de esta narración es un viaje: estaban en camino hacia un pueblo específico<sup>12</sup>. Sabemos cuán importante es el tema del viaje en el Evangelio de Lucas: su comprensión de la identidad y misión de Jesús se desarrolla en el contexto del camino hacia Jerusalén. Veremos más adelante cómo el relato hace que los discípulos regresen a Jerusalén, el lugar de “lo que había ocurrido”. Por ahora, nosotros salimos de Jerusalén en camino hacia otro lugar; en este viaje, encontramos a dos discípulos de Jesús, vacilantes y consternados mientras van desplazándose. Anteriormente, cerca de la mitad del Evangelio de Lucas, oímos que Jesús “iba enseñando por las ciudades y pueblos, mientras se dirigía a Jerusalén” (13,22). El tema del viaje de Jesús está presente también en la vida de sus discípulos: en los *Hechos*

---

<sup>12</sup> Amy-Jill LEVINE y Ben WITHERINGTON III, *The Gospel of Luke*. New Cambridge Bible Commentary (Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2018), pp. 655–656.

de los *Apóstoles*, vemos cuánto espacio se dedica al viaje de san Pablo desde Jerusalén a Roma, haciendo hincapié en este tema del viaje para los que se consideran discípulos de Jesús. Así como la propia misión de Jesús se encuentra en el contexto de un viaje, así será para sus discípulos, que continúan con sus enseñanzas y su misión. En tres diferentes ocasiones en el libro de los *Hechos*, Lucas se refiere al seguimiento de Jesús y de sus enseñanzas como al "Camino" (Hch 9,2; 16,17; 18,25-26). Creer y seguir a Jesús, lleva a sus seguidores por el camino del encuentro con el misterio de la gracia, como se descubre en la Resurrección del Señor.

Los discípulos en camino a Emaús estaban conversando acerca de "lo que había ocurrido". Aquí hay un toque de ironía en el texto. Queda claro que están conversando de estos acontecimientos en un nivel superficial, sin comprender realmente su significado o su importancia. Pese a todo lo que Jesús había dicho y mostrado a sus discípulos, sigue dándose un cierto nivel de ignorancia, una falta de comprensión, tal vez una falta de fe. Cada cosa de lo que "había ocurrido" era mucho más de lo que ellos podían asimilar. Cada uno de estos aspectos será desarrollado más adelante en el texto cuando Jesús comience a hablarles.

"Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran" (Lc 24,15-16).

Esta falta de reconocimiento por parte de los discípulos es un tema desarrollado varias veces en el Evangelio. Jesús enseña a los que están más cerca de Él, pero ellos no comprenden. Por ejemplo, en Lc 9,45 y 18,34, Jesús les dio a sus discípulos la segunda y la tercera predicción de

su próxima pasión, pero ellos no fueron capaces de captar el significado de sus palabras; el texto continúa relatándonos: “Temían interrogar a Jesús acerca de esto” (9,45). Pero esta “falta de reconocimiento” puede también comprenderse en otro nivel: concretamente, en la misma enseñanza de Jesús. Bastante claramente, sus *esperanzas* eran contrarias a lo que Jesús quería que comprendieran acerca del desarrollo del Reino de Dios entre ellos. Cuando les enseñó acerca del nuevo reino de Dios en las Bienaventuranzas y en las parábolas, la capacidad de los discípulos para comprender el significado más profundo de las enseñanzas de Jesús parece no haber penetrado en sus corazones o en sus vidas. Las palabras de Jesús los inspiraban y cautivaban, pero el Evangelio da a entender que, no obstante, no habían hallado un auténtico sitio donde permanecer en el corazón de los discípulos. Este punto realzado en los Evangelios sigue siendo pertinente para nosotros actualmente: ¿en qué medida incorporamos el cambio de vida de las enseñanzas de Jesús? En este contexto de la narración de Emaús, ¿está el evangelista tal vez diciéndonos que las esperanzas de los discípulos eran demasiado pequeñas, demasiado poco, demasiado insignificantes en el vasto alcance de la irrupción del reino de Dios? ¿Puede esto ser un punto de consideración para que también nosotros examinemos una vez más nuestras propias esperanzas a la luz de la acción salvífica de Dios? El nivel de comprensión de la sabiduría de Dios que alcanzamos en nuestras vidas, se acrecienta con la oración, la experiencia y la reflexión.

Sólo podemos conjeturar en base a la franca afirmación del relato, que ellos no pudieron reconocer a Jesús. La frase (“algo impedía que sus ojos lo reconocieran”) podría ser entendida como sugiriendo una intervención divina. Recordemos que Dios endureció

el corazón del faraón contra los pedidos de los esclavos hebreos, como expresión de un modo que Dios elige para revelar algo; más aún, finalmente irrumpe algo salvífico. O ¿podría simplemente ser la manera de Lucas de insertar ironía en una narración en la que el reconocimiento llega a los lectores antes de que los personajes lo logren? Debe quedar como una pregunta abierta.

«Él les dijo: “¿Qué comentaban por el camino?” Ellos se detuvieron con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!”. “¿Qué cosa?”, les preguntó» (Lc 24,17-19<sup>a</sup>).

Podemos detectar una interacción entre el tono en cierto modo pícaro por parte del “extranjero no reconocido” y el tono más sombrío de los dos discípulos. Es uno de los elementos atractivos de esta narración. Los dos discípulos obviamente están angustiados y con el espíritu inquieto. La respuesta de Cleofás podría interpretarse como áspera, pero es probablemente la manera como el evangelista expresa el dolor y el sufrimiento por algo profundamente importante para ellos, algo central para el futuro de sus vidas como seguidores de Jesús. Un comentarista hace notar que la palabra usada –“forastero” (dirigida a Cristo resucitado, no reconocido)–, aquí se refiere a alguien cuyas ciudadanía e inclinaciones patrióticas podrían diferir de los que lo rodeaban; el vocablo podría referirse a un peregrino de la Pascua judía que llegaba a Jerusalén desde otro país<sup>13</sup>. Si estaba allí por la Pascua, ¿no tendría que saberlo? O más

---

<sup>13</sup> Joseph A. FITZMYER, *The Gospel According to Luke X-XXIV*. Anchor Bible, vol. 28A (Garden City, NY: Doubleday, 1985), p. 1564.

bien ¿podría ser sencillamente la manera de Lucas para decir que Jesús ahora aparece bastante diferente de lo que había sido antes? Pero como comprobamos, Jesús sigue con el tema, planteando otra pregunta que finalmente conduce a una información esencial para la revelación que emerge en este significativo encuentro.

«Ellos respondieron: “Lo referente a Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y *cómo nuestros sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron*”» (Lc 24,19b-20).

Aquí los discípulos presentan varios elementos importantes de lo que creían acerca de Él. Lo nombran como un hombre proveniente de Nazaret. Lo distinguen como un profeta, un título con una prolongada y prestigiosa importancia en la tradición judía: un profeta es alguien llamado por Dios para hablar en nombre de Dios. Los discípulos habían reconocido esta cualidad en Jesús. Continúan afirmando que Jesús mismo lo había probado delante de todo el pueblo tanto en las palabras como en las obras. Luego acusan a las autoridades políticas y religiosas de haber pronunciado un juicio sobre este profeta, condenándolo a una muerte ignominiosa. La fuerza de esta sección de la narración culmina con su descripción de esta muerte por la crucifixión. Esta particular sentencia se entendía como una de las más crueles y más dolorosas de las formas de tortura en el mundo antiguo. Según la costumbre romana de la época, se aplicaba a los criminales condenados como la forma de ejecución más deshonrosa disponible. El evangelista también nos relata las burlas y los escarnios lanzados contra Jesús, que agregan viles insultos a la herida mortal.

“Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel” (Lc 24, 21<sup>a</sup> BJ)

Podemos advertir cuán completamente desilusionados y absolutamente desmoralizados deben de haber estado los discípulos —especialmente a la luz de sus esperanzas de que un Mesías podría dismantelar la estructura política imperante y derrocar el poder romano, el poder que hacía uso de la crucifixión para reforzar su dominio—. Si retrocedemos y leemos aquellas profecías de Isaías que hablan de las cosas que llegarán a suceder por el supremo poder de Dios, encontramos las fuentes de las esperanzas mesiánicas que estos discípulos habían anhelado. Isaías había proclamado: “Miren, estoy por hacer algo nuevo: ya está en marcha, ¿no lo perciben? Pondré un camino en el desierto, ríos en el páramo” (Is 43,19). Los discípulos de Jesús estaban aguardando alteraciones materiales en el modo como se desarrollaban sus vidas; cosas que necesitaban ser diferentes si ellos iban a ser liberados del peso de la opresión extranjera. Habían sido objeto de semejante opresión varias veces en su historia; habían esperado que Jesús trajera esos cambios políticos importantes y transformadores en sus días y en su época.

El versículo 21<sup>a</sup> trae juntos los términos griegos para las palabras “esperanza” y “liberación-redención”. En efecto, la forma particular que su esperanza había tomado para poner fin a la opresión romana, era auténticamente una esperanza salvífica, pero el plan de Dios era infinitamente más amplio que el de ellos, con implicancias redentoras para la totalidad de la raza humana. Mirar el efecto redentor de la muerte sacrificial de Jesús en este contexto abre una importante dimensión para nuestra propia reflexión sobre nuestras esperanzas personales. Nosotros verdaderamente creemos que Dios siembra buenas y redentoras esperanzas en nuestros corazones, y esas esperanzas toman forma con referencia específica a los detalles de

nuestras vidas. Pero es mucho más maravilloso cuando reconocemos cuánto nuestras propias esperanzas, por muy buenas que puedan ser, son minúsculas en comparación con el desarrollo del plan de salvación de Dios, que conlleva efectos e implicancias que van mucho más lejos que las nuestras. Dios toma nuestras esperanzas de redención y las expande mucho más allá de las posibilidades de nuestra limitada imaginación. Esta es la hermosa manera de sorprendernos con dones que sobrepasan absolutamente la intención o la imaginación del hombre. En la insondable y profunda sabiduría de Dios, la salvación y la liberación se están realizando en nuestra condición humana, con sus esfuerzos y sus caídas, sus decepciones y sus sueños no cumplidos. Sin duda, únicamente podemos comenzar a comprender el potencial salvífico de este pasaje desde el relato de Lucas que se encuentra después de la resurrección.

“Pero a todo esto ya van tres días que sucedieron estas cosas. Es verdad que algunas mujeres que están con nosotros nos han desconcertado: ellas fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar el cuerpo de Jesús, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos *ángeles*, asegurándoles que él está vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como las mujeres habían dicho. Pero a él no le vieron” (Lc 24,21b-24).

Podemos detectar otra actitud lúdica aquí en el texto de Lucas. Los discípulos relatan al todavía no reconocido Jesús lo que las mujeres habían experimentado: una tumba vacía, una visión de ángeles, y el anuncio de que Jesús estaba vivo. Los dos discípulos afirman esto declarando que otros discípulos fueron a la tumba y encontraron que estaba todo como las mujeres habían contado, pero afirman que esos discípulos no vieron a Jesús. ¿No es esto también

verdad para estos dos discípulos en este mismo momento? ¿No están ellos también privados del reconocimiento final, del hecho incuestionable que confirmaría la verdad de lo informado? El Resucitado está allí con ellos, hablando con ellos, y no lo reconocen. Les faltaba verlo con ojos de fe. Como los propios discípulos de Jesús, quienes habían estado con él a lo largo del período de su misión y enseñanza, ¿no deberían ellos recordar lo que habían visto y oído – lo que nosotros vemos y oímos como registrado en los Evangelios–? ¿Acaso Jesús no había predicho su pasión, muerte y resurrección después de muerto? A veces, podemos vivir tan intensamente en el momento presente que nos falta recordar, pensar hacia atrás, traer a la mente acontecimientos del pasado –especialmente los que fueron misteriosos o confusos o difíciles de entender–. Este era evidentemente el caso para los discípulos en camino hacia Emaús, y podemos sin duda admitir que esto es verdad también para nosotros. ¿Con cuánta frecuencia comenzamos a darnos cuenta del significado más completo de algún acontecimiento o de lo sucedido solo cuando tuvimos tiempo de rezar acerca de él, de reflexionarlo, y mirarlo en su forma completa?

«Jesús les dijo: “¿Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?” Y, comenzando por Moisés y continuando con todos los Profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él» (Lc 24,25-27).

Cuando el extranjero no reconocido acusa a los dos discípulos de ser “duros de entendimiento” y de que “les cuesta creer”, se puede discernir en el texto una interesante relación con “la esperanza”. ¿Acaso la “fe”, como don y aceptación de lo que creemos, nos abre

la puerta para entrar en la auténtica esperanza? Aquí no queremos decir “fe” simplemente como un conjunto de doctrinas, sino fe en el Único que trajo el mundo a la existencia y que nos ha invitado a una relación personal. Cuando una relación ha alcanzado un cierto nivel interior de profundidad personal, consideramos con mayor seriedad las palabras de la otra persona con la que nos relacionamos. Vemos esto reflejado claramente en los salmos. El Salmista habla desde un sentimiento de excepcional cercanía con Dios, como de alguien muy cercano, pero tan absolutamente poderoso como para transformar una situación que está más allá de las posibilidades humanas. Uno podría ciertamente esperar lo mismo de una relación maestro-discípulo. Aquí, el Maestro no reconocido reprende a sus discípulos por su falta de conocimiento de los textos sagrados, que enseñan acerca de un Mesías sufriente (cf. Is 52,13-53,14; Salmos 22 [21] y 69 [68]).

La palabra “gloria” tal como es utilizada aquí, tiene un doble significado en las Escrituras. Primero, puede referirse a las bendiciones que llegan en formas maravillosas y para levantar el ánimo. En segundo lugar, san Pablo nos muestra que todo el proceso de pasar por el Misterio Pascual (pasando de la muerte personal de sí mismo a una experiencia de una vida nueva por la gracia) demuestra qué es realmente la gloria. Para san Pablo, el proceso del morir también es parte de la gloria porque la gracia ya está obrando en nuestra capacidad para aceptar y vivir a través de este proceso que finalmente nos lleva a una vida nueva. Él expresa esto de manera más profunda en 2 Co 3,18: “Nosotros, en cambio, con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen con un esplendor

*cada vez más glorioso* por la acción del Señor, que es Espíritu". San Pablo describe un movimiento "*cada vez más glorioso*", a partir de una experiencia y otras siguientes del Misterio Pascual, y por medio de esta acumulación de experiencias, somos transformados en imagen de Jesús, el Único, que nos ha precedido y nos muestra el camino. En el medio de su viaje en camino hacia Emaús, los discípulos están en el medio de esta experiencia de transformación que los conducirá finalmente a una nueva vida.

«Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: "Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba". Él entró y se quedó con ellos. Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista» (Lc 24,28-31).

Podemos percibir el deseo evidente de los discípulos de que el no reconocido Jesús permaneciera con ellos. El motivo del viaje es manifestado de múltiples maneras en el lenguaje del evangelista: ellos *iban* (v. 28), él *hizo ademán de seguir adelante* (v. 28), ellos le *insistieron* para que se quede (v. 29). Cuando el Resucitado les abre las Escrituras, ven que su ignorancia y sus dudas comienzan a abrirse, algo en su interior se despierta y se agita. Jesús les ha aclarado cosas que ahora los llevan a pensar de una manera nueva y diferente *lo que había ocurrido*. Tres veces el texto hace referencia a "lo que había ocurrido" en Jerusalén (vv. 13-14, 18, 19); ahora a ellos se les ha dado una explicación de estas cosas en un nivel de fe y de revelación espiritual. En su deseo de que Él permanezca con ellos, las palabras que Él les ofrece comienzan a despertar su fe. La absurdidad de la pasión y muerte de su Mesías comienza a

ser transformada, todavía muy suavemente, a la luz de su desarrollo en las Escrituras. El mismo despertar tiene lugar otra vez cuando Jesús se aparece a los Once estando cerradas las puertas y les dice: «Cuando todavía estaba con ustedes, yo les decía: “Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos”. Entonces les abrió la inteligencia para que pudieran comprender las Escrituras» (24,44-45<sup>a</sup>). En ambas instancias, el despertar de la fe da nacimiento a la esperanza, una esperanza fundamentada en el gran Misterio Pascual del Mesías. Las puertas de sus corazones comienzan a abrirse al poder salvífico que ha estado obrando en el misterioso e inconcebible sufrimiento y muerte de su Mesías; la esperanza nace en la gracia transformadora de la resurrección de Cristo.

En el contexto del Evangelio de Lucas, las comidas se convierten en momentos de revelación. Por ejemplo, cuando Jesús come con pecadores y es criticado por eso, aprovecha la oportunidad para revelar su misión con los que son pecadores. Aquí, la deficiencia de los discípulos tanto para reconocer a Cristo Resucitado a lo largo del camino como para comprender los recientes acontecimientos en Jerusalén, abre el camino para la comprensión y la revelación de todo lo que estaba pasando. También a ellos se les ha aparecido Cristo Resucitado. Y cuando llega la comida, Él que era el invitado no reconocido, ahora se convierte en el anfitrión; parte el pan, y esta acción revela quién es.

*«Y se decían: “¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”*. En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos, y estos les dijeron: “Es verdad, ¡el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!”. Ellos, por

su parte, contaron lo que les había *pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan*» (Lc 24,32-35).

El motivo del *viaje* permanece evidentemente claro en todo este encuentro: “en el camino” (v. 32), “se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén” (v. 33), y “en el camino” (v. 35). Se podría suponer que estas son simplemente imágenes de movimiento comunes en cualquier acción narrativa. Pero la manera como Lucas las usa a lo largo de su Evangelio y en los *Hechos*, acentúa el *viaje* como algo particularmente significativo para Jesús y para los que lo siguen. Su razón es esta: si estamos con Cristo, entonces nosotros también estamos en un viaje. Es también significativo ver cómo los dos discípulos dejaron Jerusalén desmoralizados, desanimados y sin esperanza; sin embargo, volvieron a Jerusalén “en ese mismo momento”, con una nueva esperanza, con sus corazones ardientes de amor, y con una experiencia de Cristo resucitado. Luke Timothy Johnson hace notar que el término griego para “arder”, usado aquí para describir sus corazones, está cargado de un sentido de profunda emoción<sup>14</sup>. Escuchar las palabras del extranjero no reconocido puso en movimiento en los discípulos un sentimiento de fe y de amor: fe al recordar las enseñanzas de su Maestro, y amor en referencia a Aquel a quien ellos se habían consagrado. ¿Acaso esto no nos habla del camino de la vida, de cómo llegamos a comprender, de cómo nos movemos desde la fe a la esperanza, y de cómo experimentamos

---

<sup>14</sup> Luke Timothy JOHNSON, *The Gospel of Luke*. Sacra Pagina 3 (Collegeville, MN: The Liturgical Press, 1991), p. 394.

una apertura gradual a la fe, a la sabiduría y a la verdad, exactamente como lo hicieron los discípulos en el camino a Emaús?

Estos dos discípulos “contaron lo que les había pasado en el camino”. ¿Qué contaron? ¿Cuáles fueron sus palabras? No podemos saberlo con certeza, pero a partir del relato bíblico podemos realizar algunas conjeturas importantes acerca del intercambio que tuvo lugar entre los Once y los otros discípulos. 1) Nos damos cuenta de que el Resucitado tomó la iniciativa de ir hacia ellos; Jesús se unió a ellos en su camino, cuando hacían el recorrido con sus esperanzas rotas. Y vino hacia ellos como un extranjero, alguien desconocido para ellos. Vemos este elemento de una llegada misteriosa y de una presencia no reconocida a menudo en los diversos relatos de resurrección (con los once discípulos en Lc 24,36-37; con María Magdalena en Jn 20,14-16; con los discípulos en ausencia de Tomás en Jn 20,20; junto al mar de Galilea en Jn 21,7. 12). Es importante notar que la presencia divina se manifiesta en el misterio, incluso para nosotros en la actualidad. 2) Los Profetas y los Salmos son lugares importantes para encontrar el misterio de Cristo que se revela, esto debería ser una fuente de esperanza para nosotros. ¿Por qué? Porque lo que vemos aquí es el cumplimiento de la palabra de Dios; Dios es fiel a su palabra, y esa palabra nos lleva a seguir esperando la acción redentora de Dios en nuestras vidas y en la vida de nuestras comunidades. 3) Deben de haber hablado de su desaliento y de la pérdida de esperanza. Pero era una pérdida de esperanza porque no tenían la lucidez para ver y comprender, más allá de un nivel superficial, lo que estaba pasando en sus vidas. Ahora la Resurrección de Cristo, el cumplimiento de la palabra profética y de la enseñanza del salterio, les brindan una nueva conciencia de

cómo la salvación de Dios está actuando en sus vidas. Y debido a la acción de Dios, hay motivos para una profunda y duradera esperanza en sus vidas.

## Conclusión

Dos referencias entre las muchas de nuestra herencia benedictina, nos invitan a ver dónde la esperanza desempeña un importante papel en nuestra tradición monástica.

Primero consideremos el texto y el contexto del *Suscipe* en la vida de los benedictinos. En primer lugar, el *Suscipe* se inserta en el ritual de nuestra profesión final, nuestro compromiso de por vida con Dios, con la comunidad y con la Iglesia. Este ritual incluye una especie de entierro místico en el que representamos el acto de entrar en la tumba con Cristo para resucitar con Él. Cantamos el *Suscipe*, y luego la comunidad responde repitiendo el texto como si renovaran para sí mismos sus propias profesiones. Según la traducción utilizada para el versículo del Salmo 119, tenemos: "Recíbeme Señor según tu promesa y viviré, que no quede defraudada mi *esperanza*" (119 [118], v. 116); esta traducción está basada en el texto hebreo. En lugar de *esperanza*, algunas traducciones usan "expectación", basadas en el texto latino, con una mirada hacia el futuro. Reconocemos el carácter pascual de esta esperanza al hacer este compromiso por el resto de la vida a la luz de la gracia dinámica de la Resurrección de Cristo, en el medio tanto de los combates como de las bendiciones. Sin esa gracia que obra en nuestras vidas, la esperanza salvífica y redentora no sería posible. Es una acción consciente de sumisión

a la gracia de Cristo en su Resurrección, confiando en que nuestra esperanza no será defraudada, sino que nos redimirá y salvará.

Segundo, uno de los lugares más difíciles para tener esperanza es en medio de las pruebas y humillaciones. Sin embargo, en RB 7,39 “Sobre la humildad”, Benito coloca el termino esperanza precisamente en este contexto, incluso abriendo su potencial escatológico. Leemos allí: «Pero seguros de la recompensa divina que *esperan* (*spes*), prosiguen gozosos diciendo: “Pero en todo esto triunfamos por Aquel que nos amó”» (Rm 8,37). La esperanza escatológica presente aquí nos lleva a mirar hacia el futuro y hacia la vida eterna. Y esta consideración nos hace volver al comienzo de este artículo, donde citábamos el texto de la liturgia que sigue al “Padrenuestro”: “Mientras aguardamos la gloriosa esperanza y la venida de nuestro Señor Jesucristo”. La auténtica esperanza nos invita a mirar profundamente en los deseos de nuestros corazones. ¿Vemos en ellos implicancias salvíficas y redentoras? ¿Podemos verlos como actos de la intervención de Dios, donde reconocemos que Dios está obrando, incluso con nuestros débiles esfuerzos, para lograr algo que está más allá de lo que podemos esperar? ¿Qué importante es para nosotros saber y creer que nuestras esperanzas son algo más que lo que podemos incluso imaginar! Jesús debe haber ido a la cruz con profunda esperanza, aunque en ese momento en la tierra, no la viera realizada. Sin embargo, con la llegada de la mañana de Pascua, la esperanza encontró su significado salvífico, no simplemente para Jesús, sino para nosotros, para toda la raza humana y para toda la creación.

*Piazza Cavalieri di Malta, 5  
00153 Roma, Italia*